

III

Donde el lector verá con gusto los panegíricos que los españoles hacen de sus compatriotas y de su país.

—Ya es evidente que Leon se casa con la hija del marqués de Tellería,—dijo Federico Cimarra.—No es gran partido, porque el marqués está más tronado que los cómicos en Cuaresma.

—Ya sólo le queda la casa de la calle de Hortaleza,—apuntó Fúcar con indiferencia.—Es buena finca, construida en tiempo del marqués de Pontejos... Al fin se quedará también sin ella. Dicen que en esa familia todos, desde el marqués hasta Polito, tienen la cabeza á pájaros.

—¿Pero no le queda á Tellería más que la casa?—preguntó el hombre de administración con curiosidad, que parecía al afan cioso del Fisco buscando la materia imposible.

—Nada más,—repitió el marqués de Fúcar demostrando conocer á fondo el asunto.—Las tierras de Piedrabuena han sido vendidas en subasta judicial hace dos meses. Con las casas y la fábrica de Nules se quedó mi cuñado en Febrero último. En fondos públicos no debe de tener nada. Me consta que en Junio tomó dinero al 20 por 100 con no sé qué garantía... En fin, otra torre por los suelos.

—Y esa casa fué poderosa,—dijo Onésimo.—Yo le oí contar á mi padre que en el siglo pasado estos Tellerías ponían la ley á toda Extremadura. Era la segunda casa en ganados. Tuvieron medio siglo las alcabalas de Badajoz.

Federico Cimarra se puso en pié frente á los otros dos, y abriendo las piernas en forma de compás, empezó á hacer el molinete con su baston.

—Es increíble,—dijo sonriendo,—la calaverada que va á hacer ese pobre Leon... Cuidado que yo le quiero... es mi amigo... ¿Pero quién se atreve á contradecirle? Váyase usted á argumentar con estas cabezas de piedra que se llaman matemáticos. ¿Han conocido ustedes un solo sabio que tenga sentido comun?

—Ninguno, ninguno,—exclamó el mar-

qués de Fúcar riendo á borbotones, que era su especial manera de reir.—¿Y es cierto lo que me han dicho?... ¿que la chica es algo mogigata? Seria cosa muy bufa ver á un libre pensador de mares altos pescado con anzuelito de padrenuestros y avemarias.

—No sé si es mogigata; pero sí sé que es muy bonita,—afirmó Cimarra paladeando.—Pase lo de santurrona por lo que tiene de *barbiana*... Pero su carácter no está formado... es una chiquilla, y despues que está enamorada no piensa en santidades. La que me parece en camino de ser verdadera beata es la marquesa, que no podrá eludir la ley por la cual una juventud divertida viene á parar en una vejez devota. ¡Qué desmejorada está la marquesa! La ví la semana pasada en Ugoihea y me pareció una ruina, una completa ruina. En cambio María está hecha una diosa... ¡Qué cabeza!... ¡Qué aire y qué *trapío!*

En el lenguaje de Cimarra se mezclaban siempre á la fraseología usual de la gente discreta los términos más comunes de la germanía moderna.

—Eso sí,—dijo el marqués de Fúcar con expresion y sonrisa de sátiro.—María Sudre vale cualquier cosa... Yo creo que el matemático ha perdido la chaveta y se ha dejado

enloquecer por aquellos ojos de fuego. Esa chiquilla no me gustaria para esposa... Hermosura superior, fantasía, tendencia al romanticismo, un carácter escondido, algo que no se ve... en fin, no me gusta, no me gusta.

—¡Caramba!—exclamó el hombre de administracion dándose una palmada en la propia rodilla.—Todo ménos hablar mal de María Sudre. La conozco... es un portento de bondad... es lo mejor de la familia.

—Hombre,—dijo el marqués de Fúcar descuadernando su cara en una risa homérica.—La familia es la familia de tontos más completa que conozco, sin exceptuar al mismo Gustavo que pasa por un prodigio.

—¡Ah! no, la chica vale, vale,—afirmó Onésimo.—No diré lo mismo de Leon. Es un sabido de nuevo cuño, uno de estos productos de la Universidad, del Ateneo y de la Escuela de Minas, que maldito si me inspiran confianza. Mucha ciencia alemana, que el demonio que la entienda; mucha teoría oscura y palabras ridículas; mucho aire de despreciarnos á todos los españoles como á un atajo de ignorantes; mucho orgullo, y luégo el tufillo de descreimiento que es lo que más me carga. Yo no soy de esos que se llaman católicos y admiten teorías contrarias al catolicismo; yo soy católico, católico.

Se dió dos palmadas en el pecho.

—Hombre, sea usted todo lo católico que quiera,—dijo Fúcar riendo con ménos estrépito, ó si se quiere con cierta tendencia á la seriedad.—Todos somos católicos... Pero no exageremos... ¡Oh! la exageracion es lo que mata todo en este país. Dejemos á un lado las creencias, que son muy respetables, pero muy respetables. Lo que digo es que Leon es un hombre de mucho, de muchísimo mérito. Es lo mejor que ha salido de la Escuela de Minas desde que existe. Su colosal talento no conoce dificultades en ningun estudio, y lo mismo es geólogo que botánico. Segun dicen, todos los adelantos de la Historia Natural le son familiares, y es un astrónomo de primera fuerza.

—¡Oh! Leon Roch,—exclamó Cimarra con el tono de hinchazon protectora que toma la ignorancia cuando no tiene más remedio que hacer justicia á la sabiduría,—vale mucho. Es de lo poco bueno que tenemos en España. Somos amigos; estuvimos juntos en el colegio. Verdad es que en el colegio no se distinguia mucho, pero despues...

—No me entra, repito que no me entra; no lo puedo pasar...—dijo Onésimo como quien se niega á tomar una pócima amarga.

—Mire usted, amigo Onésimo,—indicó el

marqués en tono solemne,—no hay que exagerar... La exageracion es el principal mal de este país... Eso de que porque seamos católicos condenemos á todos los hombres que cultivan las ciencias naturales, sin darse golpes de pecho, y se desvian... yo concedo que se desvian un poco, mucho quizás, de las vias católicas... Però ¿qué me importa? El mundo va por donde va. Conviene no exagerar. Para mí la falta principal de Leoncillo... yo le conozco desde que era niño: él y mi hija se criaron juntos en Valencia... pues su gran falta es comprometer su juventud, su riqueza, su porvenir en ese enlace con una familia desordenada y decadente que le devorará sin remedio.

—¿Es rico Leon?

—¡Oh! ¡mucho!—exclamó Fúcar con grandes encarecimientos.—Conocí á su padre en Valencia, el pobre D. Pepe, que murió hace tres meses despues de pasarse cincuenta años trabajando como un negro. Yo le traté cuando tenia el molino de chocolate en la calle de las Barcas. La verdad es que en aquel tiempo el chocolate del señor Pepe era muy estimado. Me acuerdo de ver entónces á Leon tamaño así, con la cara sucia y los codos rotos, estudiando aritmética en un rincon que habia detrás del mostrador. En Navida... en-

dia D. Pepe mazapanes... Pero si los ha vendido hasta hace quince años, y no hace treinta que trasladó su industria á Madrid... Despues que tuvo capital entróle el afan de aumentarlo considerablemente. ¡Oh! es incalculable el dinero que se ha ganado en este país haciendo chocolate de alpiste, de piñon, de almagre, de todo méanos de cacao. Estamos en el país del ladrillo, y no sólo hacemos con él nuestras casas, sino que nos lo comemos... El señor Pepe trabajó mucho, primero á brazo, despues con aparato de fuerza animal, al fin con máquina de vapor. Resultado (el marqués de Fúcar se alzó su sombrero hasta la raíz del pelo): que compró terrenos por fanegadas y los vendió por piés; que el 54 construyó una casa en Madrid; que se calzó los mejores bienes nacionales de la huerta; que negociando despues con fondos públicos aumentó su fortuna lindamente. En fin, yo calculo que Leon Roch no se dejará ahora por ocho ó nueve millones.

—Lo mejor de la biografía,—dijo Cimarra sentándose junto á sus dos amigos,—se lo ha dejado usted en el tintero. Hablo de la vanidad del difunto D. Pepe. Lo general es que estos industriales enriquecidos, aunque sea envenenando al género humano, sean modestos y no piensan más que en acabar tranq

lamente sus dias, viviendo sin comodidades, con los mismos hábitos de estrechez que tuvieron cuando trabajaban. Pero el pobre señor Pepe Roch era célebre hasta no más. Su *chifladura* consistia en que le hiciesen marqués.

—Diré á ustedes,—manifestó gravemente el marqués, corvando con un gesto de hombre superior esta tendencia á las burlas.—Don José Roch era un infeliz, un hombre bondadoso y simple en su trato social. Le conocí bien. El haria chocolate con la tierra de los tiestos que tenia su mujer en el balcon, segun decian las malas lenguas del barrio; pero era un buen ganapan, y tenia en tan alto grado el sentimiento paterno, que casi era una falta. Para él no habia en el mundo más que un sér, su hijo Leon: le queria con delirio. Tenia por enemigo declarado al que no le diese á entender que Leon era el más guapo, el más sabio, el primero y principal de todos los hombres nacidos. Todo el orgullo y la vanidad del pobre Roch estaban en ser autor de su hijo. El año pasado nos encontramos una noche en la Junta de Aranceles. Yo quise hablarle de una subasta de corcho... porque tiene mucho corcho... pero él no hablaba más que de su hijo. Casi con lágrimas en los ojos, me dijo: "Amigo Fúcar, para mí no quiero nada, me basta

un hoyo y una piedra encima con una cruz. Mi único deseo es que Leon tenga un título de Castilla. Es lo único que le falta., Yo me eché á reír. ¡Apurarse por un rábano, es decir, por un título de Castilla!... Sr. D. José, si usted me dijera "quiero ser bonito, quiero ser jóven...", pero ¿qué desea usted? ¿ser marqués?... Á las coronas les pasará lo que á las cruces, que al fin la gente cifrará su orgullo en no tenerlas. Pronto llegaremos á un tiempo en que, cuando recibamos el diploma, tendremos vergüenza de dar un doblon de propina al portero que nos la traiga... porque tambien él será marqués...

Fúcar, al decir esto, soltó la risa. Empezaba ésta por un hipo chillon y terminaba en un arrugamiento general de sus facciones y una especie de arrebato congestivo. Pasados los golpes de hilaridad, aún tardaba su cara una buena pieza en volver á su color primero y á su normal aspecto de seriedad majestuosa.

—Señores,—dijo seguidamente y con cierto enfado la lumbrera de la administracion, enojo que podria atribuirse á sus proyectos marquesiles,—por mucho que se hayan prodigado los títulos de nobleza, no creo que estén ahí para que los tomen los chocolateros. Pues no faltaba más...

—Amigo Onésimo,—objetó el marqués con

hemática ironía,—yo creo que están para el que quiera tomarlos. Si D. Pepe no tomó el título de marqués de Casa-Roch, fué porque su hijo se opuso resueltamente á caer en esa ridiculez que hoy está tan en boga. Es hombre de principios.

—¡Oh! sí,—exclamó el hombre administrativo en quien las instituciones venerandas tenían siempre poderoso apoyo.—Por lo común, estos sabios que tanto manosean los principios en el orden científico, carecen de ellos en el orden social. No faltan ejemplos aquí. Yo creo que todos los sabios son lo mismo. Ya hemos visto cómo gobiernan el país cuando éste ha tenido la desgracia de caer en sus manos. Pues lo mismo gobiernan sus casas. En la vida privada, señores, los sabios son una calamidad, lo mismo que en la pública. No conozco un sabio que no sea un tonto, un tonto rematado.

—Aquí no salimos de paradojas.

—Es la verdad pura.

—Vivimos en el país de los viceversas.

—No exageremos, no exageremos, señores,—dijo el marqués removiéndose y tomando el tono particularísimo que reservaba para su protesta favorita que era la protesta contra la exageracion.—Aquí abusamos de las palabras, y calificamos á los hombres con mu-

cha ligereza. La envidia por un lado, la ignorancia... Qué ¿qué hay?

Esto lo dijo interrumpiendo su discurso y mirando con expresion de miedo á un criado que hacía los tres avanzaba apresuradamente.

—La señorita llama á vucencia. Está mala otra vez.

—Vamos, mi hija está hoy de vena,—dijo el marqués de mal humor, levantándose.—Ustedes me preguntarán que qué tiene Pepa y yo les diré que no lo sé, que no sé nada absolutamente. Voy á verla.

Sus dos amigos callaban mirándole partir. El marqués de Fúcar andaba lentamente á causa de su obesidad. Habia en su paso algo de la marcha majestuosa de un navío ó galeon antiguo, cargado del pingüe esquilmo de las Indias. Tambien él parecia llevar encima el peso de su inmensa fortuna amasada en veinte años de esa prosperidad fulminante que la sociedad contemplaba pasmada y temerosa.

IV

Siguen los panegiricos dando á conocer en cierto modo el carácter nacional.

Frente á la gruta donde los bañistas tragaban vaso tras vaso, ávidos de corregir el *oidium* de su naturaleza, habia una glorieta. Eran las diez, hora en que escaseaban ya los bebedores, y un nuevo grupo se habia instalado en aquel ameno sitio. Formábanlo don Joaquin Onésimo, Leon Roch y Federico Cimarra que oprimia los lomos de una silla, caballero en ella y haciéndola crugir y descoyuntarse con sus balanceos.

—¿Sabes tú, Leon, lo que tiene la hija de Fúcar?

—Anoche se retiró temprano del salon. Está enferma.

—Despues de decir esto, Leon miró atentamente al suelo.

—Pero su enfermedad es cosa muy rara, como dice el marqués,—añadió Onésimo.—

Veamos los síntomas. Ya saben ustedes que colecciona porcelanas. El mes pasado, cuando volvía de Paris, estuvo dos días en Arcahon. Las hijas del conde de la Reole le regalaron tres piezas de Bernardo Palissy. Dicen que son muy hermosas. Á mí me parecen loza de Andújar. Además trajo de Paris ocho piezas de Sajonia de una belleza y finura que no pueden ponderarse. Estas obras de arte parecían ocupar por entero el ánimo de Pepa. No hablaba más que de sus porcelanas. Las guardaba y las sacaba sesenta y dos veces al día. Pues bien: esta mañana cogió los cacharros, subió á la habitacion más alta de la fonda, abrió la ventana y los tiró al corral donde se hicieron treinta mil pedazos.

Federico miró á Leon Roch, que sólo dijo:

—Sí, ya lo oí contar.

—Ayer tarde,—prosiguió Onésimo,—cuando volvíamos de la gruta (que entre paréntesis, tiene tan poco que ver como mi cuarto), se le cayó una de las gruesas perlas de sus pendientes de tornillo. La buscamos; al fin la distinguí junto á una piedra, me abalancé á cogerla como era natural, pero más ligera que yo púsole el pié encima... y la aplastó diciendo: “¿Para qué sirve esto?,” Además cuentan que ha hecho un picadillo de enca-

jés. ¿Pero no la vieron ustedes anoche en el salon? Yo juraría que está loca.

Leon no dijo nada ni Cimarra tampoco.

—¿Saben ustedes,—añadió el fanal de la administracion,—que va á estar fresco el que se case con esa niña? ¡Qué educacion, señores, pero qué educacion! Su padre, que tan bien conoce el valor de la moneda, no le ha enseñado á distinguir un billete de mil pesetas de una pieza de dos. Es una alhaja la señorita de Fúcar. Ya me habian dicho que era caprichosa, despilfarradora, que tiene los antojos más ridículos y cargantes que pueden imaginarse. ¡Pobre marido y pobre padre!... Si al menos fuera bonita; pero ni eso... Ya le dará disgustos á D. Pedro. Luégo no quieren que truene yo y vocifere contra estos hábitos modernos y extranjerizados que han quitado á la mujer española su modestia, su cristiana humildad, su dulce ignorancia, sus aficiones á la vida reservada y doméstica, su horror al lujo, su sobriedad en las modas, su recato en el vestir. Veán ustedes las tarascas que nos ha regalado la civilizacion moderna. Comprendo la aversion al matrimonio que va cundiendo y que si no se ataja obligará á los gobiernos á dar una ley de novios y una ley de casamientos, estableciendo un presidio de solteros.

—¡Graciosísimo!—exclamó Cimarra, poniendo bruscamente su mano sobre el hombro de Leon.—Del carácter y de las rarezas de Pepa podrá hablarnos éste que la conoce desde que ambos eran niños.

Leon dijo friamente:

—Si la enfermedad y las rarezas de Pepa consisten en romper porcelanas y destrozarse vestidos, no importa. El marqués de Fúcar es bastante rico, inmensamente rico, cada día más rico.

—Sobre este tema,—dijo el fénix burocrático,—sobre la colosal riqueza del señor marqués, la frase más característica la debemos al amigo Cimarra, que es el hombre de las frases.

—Yo no he dicho nada, nada, de D. Pedro Fúcar,—replicó Federico con aspavientos de honradez.

—¡Lengua de escorpion! ¿No fué usted el que en casa de Aldearrubia... yo mismo lo oí... á propósito de la escandalosa fortuna del marqués de Fúcar, soltó esta frase: "Es preciso escribir un nuevo aforismo económico que diga: La bancarota nacional es una fuente de riqueza?"

—¡Eso se puede decir de tantos!—manifestó Leon.

—De muchos, de muchísimos,—dijo Ci-

marra prontamente.—Como Fúcar ha labrado su rica colmena en el tronco podrido del Tesoro público... ¿qué tal la figura?... pues digo que habiendo centuplicado su fortuna en las operaciones con el Tesoro, no será el único á quien se podrá aplicar aquello de la bancarota nacional...

El señor de Onésimo se turbó breve instante. Mas reponiéndose, añadió:

—Yo he oído hacer á usted, querido Cimarra, un despiadado análisis de los millones del marqués de Fúcar. Á los hombres de ingenio se les perdona la murmuración... No venga usted con arrepentimientos; ya sé que ahora es usted muy amigo de su víctima, de aquél á quien supo pintar diciendo: "Es un hombre que hace dinero con lo sólido, con lo líquido y con lo gaseoso, ó lo que es lo mismo, con los adoquines, con el vino de la tropa y con el alumbrado público. El tabaco de sus contratas es de un género especial, teniendo la ventaja de que si amarga en la boca, puede servir para leña, y también son especiales su arroz y sus judías, los cuales se han hecho célebres en Ceuta: los presidiarios las llamaban píldoras reventonas del boticario Fúcar."

—Hablar por hablar,—replicó Cimarra.—Sin embargo de esto, yo aprecio mucho al

marqués. Es un hombre excelente. Todos hemos dado algun alfilerazo al prójimo.

—Ya sé que esto es pura broma. Aquí se sacrifica todo al chiste. Somos así los españoles. Desollamos vivo á un hombre y en seguida le apretamos la mano. No critico á nadie; reconozco que todos somos lo mismo.

El marqués de Fúcar apareció en la gorieta.

—¿Y Pepa?—le preguntó Leon.

—Ahora está muy contenta. Pasa de la tristeza á la alegría con una rapidez que me asombra. Ha llorado toda la mañana. Dice que se acuerda de su madre, que no puede echar del pensamiento á su madre... qué sé yo... no la entiendo. Ahora quiere que nos vayamos de aquí, sin dejarme tomar los baños. Yo no queria venir, porque me apestan estos establecimientos horriblemente incómodos de nuestro país. ¡Caprichos, locuras de mi hija! De buenas á primeras, y cuando nos hallábamos en Francia, se le puso en la cabeza venir á Iturburua. Y no hubo remedio... á Iturburua, á Iturburua, papá... ¿Qué habia yo de hacer?... Al fin ya me habia acostumbrado á esta vida ramplona, y la verdad, tanto como me contrarió venir me contraría marcharme sin haber tomado siquiera seis baños... Eso sí, aguas como estas

no creo que las haya en todo el mundo... ¿Y á dónde vamos ahora? Ni hay para qué pensarlo, porque las genialidades y los arrebatos de mi hija burlan todos los cálculos... Apénas tengo tiempo de pedir el coche-salon... Pepa está tan impaciente por marcharse como lo estuvo por venir... Ha de ser pronto, hoy mismo, mañana temprano á más tardar, porque estas montañas se le caen encima, y se le cae encima la fonda, y tambien el cielo se viene abajo, y le son muy antipáticos todos los bañistas, y se muere, y se ahoga...

Mientras D. Pedro expresaba así con desorden su paterno afán, los tres amigos callaban, y tan sólo Onésimo aventuró algunas frases comunes sobre las perturbaciones nerviosas, origen, segun él, de aquellas y otras no comprendidas rarezas que á la más bella porcion del género humano afligen. El marqués tomó del brazo á Federico Cimarra, diciéndole:

—Querido, hágame usted el favor de entretener un rato á Pepa. Ahora está contenta, pero dentro de un rato estará aburridísima. Ya sabe usted que se rie mucho con sus ocurrencias ingeniosas. Ahora me dijo: "Si viniera Cimarra para murmurar un poco del prójimo..." Bien comprende que es usted

una especialidad. Vamos, querido. Ahora está sola.

Adios, señores; me llevo á este bergante, que hace más falta en otra parte que aquí.

Quedáronse solos D. Joaquin Onésimo y Leon Roch.

—¿Qué piensa usted de Pepa?—preguntó el primero.

—Que ha recibido una educacion perversa.

—Eso es: una educacion perversa... Y ahora que recuerdo... ¿es cierto que se casa usted?

—Sí, señor... Llegó mi hora,—dijo Leon sonriendo.

—¿Con María Sudre?...

—Con María Sudre.

—¡Lindísima muchacha!... ¡Y qué educacion cristiana! Francamente, amigo, es más de lo que merece un hereje.

Benévola palmada en el hombro de Leon terminó este corto diálogo.

V

Donde pasa algo que bien pudiera ser una nueva manifestacion del carácter nacional.

Habia evanzado la noche, y el modesto sarao de los bañistas principiaba á desanimarse. Los últimos giros de las graciosas parejas se extinguieron en los costados del salon, como los últimos círculos del agua agitada mueren en las paredes del estanque; se deshicieron aquellos abrazos convencionales que no ruborizan á las doncellas, y al fin tuvo la condescendencia de callarse el piano homicida que dirigia con su martillante música el baile. No faltó una beldad que quisiera prolongar aún la velada sacando de las cuerdas del instrumento un soporifero *Nocturno*, que es la más insulsa y calamitosa música entre todas las malas; pero este alarde de ruido elegiaco duró felizmente poco, porque las madres se impacientaron y alegres tribus de se-